

¿POR QUÉ UN CONCURSO?

BASES PARA LA CONVOCATORIA DE UN CONCURSO.

Luis Puente Serrano

Cuando en 1418 Filippo Brunelleschi presentó su innovador proyecto para la construcción de una enorme cúpula de 45 metros de diámetro que cubría el inmenso crucero de la antigua catedral, lo hacía como participante en el concurso que ese mismo año se había convocado en la renaciente ciudad de Florencia para la terminación de la antigua iglesia gótica que Arnulfo de Cambio había iniciado en 1296 y que aún se hallaba sin concluir.

En aquel renacimiento, se concedió pues, a un artista, la posibilidad de representar mediante una expresión individual el sentimiento colectivo de un pueblo.

El resultado del concurso fue una de las obras de la Iglesia y de la Historia de la humanidad que desde su construcción se ha considerado unánimemente como “perfecta”.

Sería pretencioso intentar repetir actualmente aquel acontecimiento religioso y artístico, pero sí que tenemos hoy, la responsabilidad y el deber de alcanzar en nuestras nuevas construcciones y creaciones artísticas, si no, esa categoría de perfección, como unánimemente hemos otorgado a la cúpula de Santa María de las Flores de Florencia, sí la de obra de arte “bien hecha” en todas las nuevas empresas artísticas que acometemos.

Una obra de arte, en el caso de la arquitectura, “bien hecha”, es una obra bien construida, bien sustentada, sólida, perdurable y bella, aspectos todos ellos que exigimos a una creación enmarcada en su disciplina. Pero nos estaríamos quedando muy cortos si nos conformáramos sólo con el cumplimiento de estas expectativas, que aunque fundamentales, podríamos entender que en todo encargo se presuponen.

Una mirada más amplia nos hace ver que la construcción de un templo o cualquier nueva manifestación artística que tenga lugar en el ámbito eclesial, supone algo más que diversas categorías cumplidas satisfactoriamente. Visto con los ojos de la fe, vislumbramos la encarnación de la belleza de Dios vivo en la obra creada. Así deberíamos vivirlo y como tal deberíamos promoverlo.

La construcción de las antiguas catedrales, las grandes obras de la cristiandad, así nos lo han demostrado, enseñándonos que en torno a su génesis intelectual y material, Dios se manifiesta y su iglesia vive en íntima comunión, de tal modo que en este ámbito de interrelación, se desarrollan las vocaciones profesionales y humanas de las personas que lo constituyen:

Por un lado se concede al artista la posibilidad de transformar la realidad, siendo cauce de ideas y sentimientos que nacen de la escucha atenta a las experiencias de una comunidad, para transcribirlas materialmente en forma de bellas creaciones artísticas.

Al constructor se le proporciona la materia prima para un trabajo digno y para la puesta en práctica de las innovaciones técnicas que hacen a un oficio progresar.

La Iglesia como promotor, ve materializado en la construcción de la casa de Dios y del pueblo, el reflejo de su esencia comunitaria.

Y finalmente el mismo pueblo goza de un lugar de encuentro con Dios y su comunidad, donde recibe magisterio, desde la palabra y desde la propia obra construida.

Juan Pablo II nos animó a crear cauces y promover lugares de encuentro. Un concurso nacido del seno de la Iglesia así debe ser entendido. Ya que representa esta esencia comunitaria, proporcionando un ámbito de interrelación humana y profesional entre todos los agentes que sucesivamente se van viendo involucrados en su desarrollo:

En un primer momento el marco intelectual prevalece sobre el resto. Los concursantes son básicamente formados en el misterio de la fe y en la sacralidad de la obra que pretenden acometer. Así, el artista se enfrenta al proyecto con los recursos arquitectónicos apropiados que expresen ese encuentro de Dios y el Hombre, ese contacto entre lo humano y lo divino, ahondando en la cercanía que existe entre la experiencia religiosa y la creación artística.

La elección de una propuesta proporciona una idea y un planteamiento concretos. Si en el primer momento son los artistas o intelectuales los que más vinculación manifiestan, en el momento de la construcción es la comunidad la que se siente especialmente partícipe con la vivencia cotidiana de las obras, con su ayuda y su aportación.

Cuando la construcción termina, comienza a ser vivida como la bella expresión de un camino vivencial y artístico recorrido, y como ese "Dios con nosotros" que cotidianamente experimentará el cristiano y que será un encuentro de Amor y Misericordia.

Íntimamente, artistas, Iglesia, constructores y comunidad hicieron posible la construcción de aquellas magníficas catedrales, convivieron con ellas durante su construcción largos años, incluso siglos, haciéndolas suyas y aprendiendo un estilo de vida que les acercaba más a Dios.

La cercanía a la obra, su vinculación a la misma y su conocimiento, les hacía vivirla como parte de sus propias vidas. Porque en la medida en que un acontecimiento se presenta insertado en la trama de una sociedad, más intensamente es vivido y asumido por ésta. Desde esta premisa debemos entender la convocatoria de un concurso: ofreciendo la Iglesia a la sociedad de hoy, ese ámbito artístico, profesional y humano, que es tan necesario, donde Dios mismo se puede hacer presente.

Por ello, es una oportunidad especial que se debe aprovechar, mostrándose en primer lugar como una invitación de la mayor amplitud y confianza, sin otros requisitos que la búsqueda de propuestas hondas, reverentes y honrosas, aptas para el culto divino y la organización parroquial, y en segundo término como un signo de libertad y apertura, de llamada y diálogo y de revisión renovadora, apoyado en una necesaria determinación de criterios y objetivos,

que persiguen una “Arquitectura de Comunión” en la propia Iglesia y entre ésta y la sociedad actual.

Por esta razón un concurso no debe servir únicamente para la elección de la obra más idónea, sino que debe plantearse como una vía de comunicación y encuentro, de mutua presentación entre artistas, sociedad e Iglesia, donde una estrecha relación entre ambos va a tener lugar, y en la que los todos deben beneficiarse.

Por tanto, un primer trabajo de la Iglesia, surge como responsabilidad inicial: La formación básica de los participantes a nivel de catequesis introductoria, en ella, deberá mostrar su esencia, presentándose revestida con la riqueza de su liturgia y con todo su bagaje y experiencia artística, de tal modo que introduzca como requisito inicial el conocimiento del significado profundo y sagrado de la empresa que se quiere acometer.

El artista por su parte deberá acudir al encuentro, con una disposición abierta. Creyente o no, permanecerá atento al contenido del significado impartido, que deberá ser una constante a tener en cuenta durante el desarrollo del proyecto. Su actitud responsable y respetuosa, independiente de sus creencias, le permitirán acercarse a la obra más intensamente y desde una perspectiva más amplia que la estrictamente arquitectónica.

En esta línea de confiada apertura, un concurso debe tener además la intención de trascender el ámbito local de la propia parroquia que lo convoca, para relanzarlo a un marco más universal. A nivel local, con encargos de obras directos, el número de planteamientos se limita, la presencia social y el debate son escasos, y aunque el resultado puede ser bueno, se pierde esa posibilidad de relanzar el propio mensaje de la Iglesia a un ámbito más generalista.

Mediante un concurso abierto, la variedad se dispara, la resonancia es mayor y el mensaje se transmite revestido por el atractivo de una interesante propuesta. Se lanza abiertamente y sin miedo, mediante una nueva manera de conocer a Dios a través de su Iglesia.

La primera opción, habla de una iglesia localista, opaca que mira hacia dentro y que, de algún modo, cuenta sólo con sus recursos como opciones válidas. La segunda opción es más arriesgada, busca la verdad con la honestidad de encontrarla en planteamientos insospechados, es explosiva, atractiva y moderna, sitúa a la Iglesia en primera línea, proponiéndose valientemente en el centro de la discusión y problemática artística.

Las bases de un concurso, disponen de eficaces mecanismos para controlar este debate y encauzarlo por donde más posibilidades se vean. En el fondo se trata de establecer unas reglas del juego que marquen los parámetros entre los que la obra de arte “bien hecha” acabará por aparecer.

Sabemos que algunas antiguas iglesias vieron sus muros y arbotantes derruidos, a causa de errores técnicos, deficiencias constructivas o por la ambición incontrolada de ser cada vez más altas y esbeltas. Sin duda su construcción fue fuente de continuos problemas, disputas y dificultades. El mismo Brunelleschi, tuvo que enfrentarse a una desafiante huelga de los propios canteros que acometían las obras.

No son aquellos problemas distintos de los que hoy podemos encontrarnos. Sobre todo, las dificultades económicas por un presupuesto que siempre es escaso, parece una constante en todas las obras a acometer a lo largo de la historia.

Pero este condicionante, aunque debe ser tenido en cuenta, no debe ser paralizante. Por ello una convocatoria debe ser clara, fijando un marco económico de actuación, y aunque el concurso será siempre una apuesta arriesgada en este aspecto, debe establecer los medios para un control eficaz de los recursos económicos, tanto durante el desarrollo del proyecto, como en la ejecución de las obras.

La Real Congregación de Arquitectos de N^a Sra. de Belén en su Huida a Egipto, junto con la Parroquia Reina de Los Ángeles de Pozuelo de Alarcón en Madrid, vienen trabajando conjuntamente en la redacción de las bases para la construcción de un nuevo Templo y centro parroquial.

En un principio la Congregación tuvo conocimiento de que una convocatoria restringida al ámbito parroquial iba a tener lugar. En aquel momento y dado que su desarrollo no estaba todavía muy avanzado, se quiso establecer contacto con el párroco, D. José Paris, persona que gestionaba junto a un equipo de voluntarios la organización de la convocatoria, para comentarle las posibilidades de unas miras más amplias en cuanto al alcance del concurso.

Después de algunos contactos a nivel personal, Pepe, decidió marchar hacia delante con las nuevas ideas.

A partir de ahí, los contactos se sucedieron periódicamente, y se concretaron en una decisiva reunión entre miembros de la Congregación de Arquitectos y del Consejo Parroquial, donde se debatió punto por punto un primer borrador de las bases redactadas.

Antes de este encuentro, desde el Arzobispado, y en audiencia con el Vicario, se había dado luz verde, a la redacción de unas nuevas bases, que mejoraban considerablemente, lo que hasta entonces existía.

Las conclusiones a las que se llegó en la reunión con la parroquia, fueron todas ellas recogidas en una primera revisión de las bases, que volvió a remitirse a la parroquia para su aprobación.

Posteriormente, se fueron puliendo, vía contactos telefónicos, los aspectos que habían suscitado mayor debate, hasta que finalmente se llegó a un documento definitivo, por el cual la Congregación y la Parroquia, por extensión, han sido felicitadas desde la sección de concursos, del Colegio Oficial de Arquitectos de Madrid.

Actualmente se está a la espera que desde el Arzobispado de Madrid se de el pistoletazo de salida a esta nueva e ilusionante empresa.

A modo de cuestiones propuestas a debate y reflexión, se enumeran a continuación algunos de los aspectos que mayor polémica y discusión han suscitado a lo largo del camino recorrido hasta ahora:

1. ¿Es un concurso el mejor mecanismo para obtener la mejor obra posible?
2. ¿Cual debe ser el grado de vinculación personal y material de una comunidad parroquial a su nuevo templo?
3. ¿Asegura el menor coste, el mejor trabajo y la mejor obra?
4. ¿Es la economía el primer factor?
5. El jurado y su composición: Artistas, técnicos, parroquianos y miembros de la jerarquía. Relaciones establecidas
6. ¿Puede un no creyente diseñar un nuevo Templo?
7. ¿Es posible el control eficaz entre lo proyectado y lo finalmente construido, y lo presupuestado y su coste real?

Me gustaría concluir leyendo literalmente, lo que D. José París, párroco de la parroquia Reina de Los Ángeles y sacerdote del movimiento Orionista, me hizo llegar en un folio doblado y escrito mientras se mantenía audiencia con el Sr. Vicario del Arzobispado de Madrid (con perdón si es que se encuentra aquí en estos momentos), donde exponía, refiriéndose a la futura construcción, lo siguiente:

Objetivos:

1. Ser expresión de Dios belleza suma.
2. Acercar los fieles a Dios, ser reflejo de comunión.
3. Adecuar a la liturgia, luminosidad y sonido.
4. Ser funcional y dar respuesta a las necesidades.
5. Economizar.

Si unas bases pudieran sintetizarse, alcanzando su mayor esencia, nos quedaríamos con estos 5 puntos, que sirven a modo de resumen, de epílogo a esta ponencia, y que marcan un objetivo a alcanzar, para que como se dijo al principio, hacer de nuestras obras, “obras de arte bien hechas”

Muchas gracias y buenas tardes.